

Principal escollo en avance democrático

Si uno escucha a ciertos dirigentes políticos y eclesiásticos, pareciera que la única meta relevante que hoy debe preocupar a los chilenos es el pronto advenimiento de la plenitud democrática.

Me parece innecesario insistir en que comparto la necesidad de vigorizar, sin equívocos ni vacilaciones, el proceso de transición hacia la democracia plena que nuestra Carta Fundamental consagra en su articulado permanente. A ese propósito he destinado extensos análisis con sugerencias concretas y específicas, según los requerimientos de una realidad siempre evolutiva.

Sin embargo, disto de sumarme a quienes ven en la democracia plena una panacea para todos nuestros problemas. Y tampoco estimo aceptable que ella se plantee como requisito sin el cual carecería de sentido discutir con seriedad las soluciones más adecuadas para nuestras actuales dificultades.

BIEN sabemos que parte sustantiva de nuestros problemas económicos y sociales tienen como raíz una dramática crisis mun-

dial que hoy golpea rudamente a todos los países de América latina, cualquiera sea el signo de su sistema político, la orientación ideológica de su gobierno o los esquemas económicos internos que éstos sustenten.

La crisis golpea por igual a los regímenes militares y civiles, autoritarios y democráticos. Golpea por igual a los gobiernos de tendencias denominadas de derecha, de centro o de izquierda. Golpea por igual a las economías de corte más libremercaderista o más intervencionista, a aquéllas conocidas como monetaristas, como populistas o como estructuralistas.

Y si nos remitimos a América latina es por tratarse de nuestro continente. Pero la crisis afecta con dureza

“Las mayorías silenciosas e independientes deben resolverse a intervenir hoy en política para superar el deplorable espectáculo predominante en las dirigencias partidistas tradicionales”...



a la generalidad de las naciones del tercer mundo y también a muchas de las desarrolladas.

¿Van a mejorar las condiciones para hacer frente a nuestra deuda externa —o para reactivar nuestra economía interna— porque Chile tenga democracia plena? ¿Va a producir ésta acaso una baja en las elevadísimas tasas de interés internacionales? ¿O un alza en los deprimidos precios de nuestros principales productos de exportación? ¿O una ayuda internacional significativa, que se afirma que llegaría al “Chile democrático”, pero que curiosamente no reciben los de-

más países latinoamericanos que se rigen por sistemas clasificados como democracias plenas, debido a que las restricciones crediticias son hoy universales?

ES ante tales evidencias donde surge lo que estimo más grave. La democracia es un sistema de gobierno cuya eficiencia y estabilidad dependen fundamentalmente, entre otros elementos, del nivel y categoría de su dirigencia política. Y si ello vale para toda democracia, resulta aún más determinante cuando ésta se implanta en países que aún están en vías de desarrollo.

Por eso, lo que mayor escepticismo despierta respecto de nuestro futuro reside precisamente en la falta de desprendimiento patriótico, de calidad intelectual, de rigor analítico y de madurez política que está exhibiendo el grueso de quienes se presentan como aspirantes a la conducción del país en esa democracia plena hacia la cual debemos avanzar.

El penoso espectáculo que brindan sus mezquindades, sus divisionismos y subdivisionismos internos y, en fin, su prevaeciente ramplonería, surge hoy además como el mayor escollo para que ese avance democrático se fortalezca.

Las mayorías silenciosas e independientes deben resolverse a intervenir hoy en política para superar el deplorable cuadro predominante en las dirigencias partidistas tradicionales y abrir así horizontes más esperanzadores.